

Informe Mensual de Seguridad Internacional – Febrero 2007

MEDIO AMBIENTE Y DESARROLLO: LOS PRINCIPALES ASUNTOS GLOBALES

Paul Rogers

Introducción

En febrero, se dió una intensa focalización sobre Irak, Irán y Afganistán, mientras el aumento de tropas de los EE.UU. en Bagdad fue tomando forma al mismo tiempo que se anunciaba una sustancial retirada británica de Basra. A pesar de que los refuerzos norteamericanos en Bagdad tuvieron un efecto inmediato sobre el control de la actividad criminal, hacia fin de mes la incidencia de los ataques de mortero y los bombardeos a lo largo de los caminos retornó a niveles previos. Tanto los refuerzos militares de los EE.UU. como de Gran Bretaña están planeados para Afganistán, con una visita del vicepresidente de los EE.UU., Dick Cheney, a la base militar en Bagram a las afueras de Kabul, para fin de mes, coincidiendo con un ataque suicida en dicha base. Irán desafió a la resolución del Consejo de Seguridad de la ONU respecto a sus plantas de enriquecimiento de uranio, pero también hubo reportes que, hacia fines del mes, identificaban cierto criticismo interno hacia la retórica del presidente Ahmedinejad. Mientras tanto, las tropas norteamericanas continuaron el incremento de su presencia en el Golfo Pérsico y el Mar Árabe, con dos grupos estratégicos de portaviones y dos grupos de ataque anfibia, presentes en la región por primera vez en muchos años.

Más aún, otros tres asuntos inmediatos fueron importantes —acontecimientos en África del Norte, Somalia y Tailandia, así como cierta evidencia de una reagrupación de al-Qaida al Oeste de Pakistán—. Sin embargo, y en forma más general, la preocupación por las tendencias globales de seguridad, que son mucho más fundamentales que la inmediata 'guerra contra el terrorismo', han recibido un impulso considerable como resultado de dos reportes sobre asuntos que normalmente no son interconectados por los analistas —las divisiones socioeconómicas y las limitaciones medioambientales—.

Somalia, Túnez y Tailandia

En enero, una fuerza etíope apoyada internacionalmente erradicó del poder al movimiento islamista en Mogadishu, Somalia, aunque el grupo Cortes Islámicas había traído cierto grado de orden a la capital luego de años de desorden y caos. Ese movimiento era visto por los Estados Unidos, en particular, como demasiado cercano a las organizaciones jihadistas, y según evidencia recogida en las operaciones llevadas a cabo por fuerzas militares norteamericanas contra algunos grupos en Somalia, es probable que hubiese lazos con el movimiento al-Qaida. Estas operaciones incluyeron bombardeos sobre una base aérea en Etiopía y el cruce de unidades de Fuerzas Especiales a través de la frontera sur de Somalia hacia Kenia y Etiopía.

Ninguna de las expectativas de ambas operaciones —el derrocamiento de los movimientos islamistas y la finalización de la actividad de al-Qaida en Somalia— se han cumplido íntegramente. Aunque fuentes norteamericanas mencionan el desmantelamiento de los grupos de al-Qaida, un cierto número de líderes clave han escapado, incluidas dos personas implicadas en el ataque a las embajadas en Nairobi y Dar es Salaam, en 1998. En cuanto a la remoción del grupo Cortes Islámicas del poder, la expectativa era que las fuerzas etíopes pudieran, a su debido tiempo, ser reemplazadas por una fuerza de paz integrada por algunos países africanos. Esto provocaría un cambio irreversible al mismo tiempo que mantendría la seguridad, especialmente en Mogadishu, permitiendo que el recientemente instalado gobierno somalí tomara el control.

Esto, simplemente no ha ocurrido. Las tropas etíopes han comenzado a retroceder, al menos porque el régimen en Addis Ababa está muy al tanto de la presencia de tropas en Somalia a largo plazo, en lo que

es visto como un país cristiano, y en donde muy posiblemente la situación desemboque en una reacción a la ocupación extranjera. El problema es que aquellos países africanos que en un primer momento parecieron predispuestos a recibir a las tropas de paz están flaqueando ya sea en capacidad como en voluntad política, especialmente a medida que el contexto de la seguridad en Mogadishu comienza a declinar marcadamente. Para fin de febrero, hubo reportes de grandes enfrentamientos entre tropas gubernamentales y diversos grupos de insurgentes en la ciudad, lo que llevó a que un alto número de refugiados abandonaran las zonas rurales. En Túnez, paralelamente, han evolucionado grupos islamistas paramilitares; en un país que por mucho tiempo ha sido visto como alejado de tales problemas. En la segunda mitad de febrero, tuvo lugar una gran operación de contra-terrorismo, montada por las autoridades y de la cual se reportó el desmantelamiento de un grupo que estaba planificando atacar las embajadas de los EE.UU. y Gran Bretaña. Aunque las evidencias son escasas, los indicadores de que el grupo tunecino formaba parte de un movimiento regional centrado en el GSPC argelino (acrónimo del nombre en francés del Grupo Salafista para la Predicación y el Combate) que se adjudicó una serie de siete ataques contra estaciones de policía en Argelia. El GSPC es visto como un colaborador de al-Qaida que se ha revitalizado gracias al retroceso de la mayoría de las unidades militares pakistaniés de algunas de las zonas fronterizas con Afganistán. Al-Qaida, no sólo se encuentra en posición de restablecer sus campos de entrenamiento sino que también está en posición de auto-adjudicarse firmes lazos con grupos paramilitares de África del Norte. Dadas las frecuentes oportunidades de tránsito entre muchos estados norafricanos y estados sureuropeos, tales como España, Francia e Italia, esto permite a los seguidores de al-Qaida y sus asociados, otros accesos hacia Europa además de aquel entre Pakistán y el Reino Unido.

Asimismo, además de los actuales lazos con grupos al Norte de África, el movimiento al-Qaida retiene amplios contactos con el movimiento separatista al Sur de Tailandia. Éste ya se ha adjudicado alrededor de 2.000 muertes en los últimos tres años, y una política más dura de control militar que estuvo en práctica hasta hace cinco meses atrás no ha dejado más que la impresión de ser algo contraproducente. Luego de un golpe militar, cinco meses atrás, un sorpresivo cambio de política hizo emerger la posibilidad de una perspectiva más conciliatoria, pero ésta ha fallado hasta el momento, provocando casi ningún efecto y que los separatistas mantuviesen altos niveles de violencia e intimidación a su favor. Existe, así, el riesgo de que las autoridades regresen a la perspectiva más represiva. Si los esfuerzos conciliatorios son mantenidos, los mismos requerirán mayor persistencia y algo de coraje, lo que tomaría años de esfuerzo. El movimiento separatista tiene sus orígenes en la anexión, hace un siglo atrás, de una provincia sureña de mayoría islámica. Las heridas por las represiones más recientes llevarán muchos años en curar.

Cambio Climático y Seguridad

Más allá de que las guerras en Irak y Afganistán sean, inevitablemente, la mayor causa de preocupación, el último reporte del Panel Intergubernamental sobre el Cambio Climático (PICC), publicado a comienzos de este año, es un poderoso recordatorio de los asuntos mucho más importantes de inseguridad global que no pueden ser ignorados. Además, ha aparecido en un momento en el que los indicios respecto al ensanchamiento de la brecha socioeconómica global son muy claros; y en donde la combinación de los dos —marginalización y límites medioambientales— muy posiblemente llegue a convertirse en una característica dominante de la inseguridad para las próximas décadas si las tendencias actuales no son revertidas.¹

El reporte del PICC dio como resultado un alto grado de consenso entre los científicos participantes y sus gobiernos, y constituyó la declaración internacional más fuerte hasta el momento acerca de las

¹ Para mayor discusión sobre el tema, ver: Chris Abbott, Paul Rogers and John Sloboda, *Global Responses to Global Threats: Sustainable Security for the 21st Century* (Oxford: Oxford Research Group, 2006).

tendencias y sus causas. Aunque el grado de consenso fue impresionante, el mismo fue alcanzado gracias a la voluntad de muchos de aquellos involucrados en la aceptación de un vocabulario y un análisis que fuese seguro, al extremo de que fuera casi imposible de refutar. El problema de este tipo de perspectiva, más allá de todo su valor, es que probablemente constituya una subestimación de la gran magnitud del problema. En particular, no cubre ciertas tendencias de forma completa, en lo que involucra a otras formas de retroalimentación positiva, que muchos especialistas del clima creen que son muy importantes.

Una de ellas es el impacto del derretimiento del hielo en las regiones del Ártico, especialmente en el Noreste del Atlántico. A medida que el hielo polar se derrite, se va perdiendo la capacidad reflexiva de la luz solar, lo que también significa el aumento de la absorción de la radiación solar por parte de los océanos. Esto, con el tiempo, lleva a un mayor derretimiento del hielo, acelerando todo el proceso. Un segundo asunto involucra el derretimiento del permafrost, un fenómeno que se está evidenciando por gran parte del Ártico Sur. Vegetación muerta que ha estado congelada por muchos miles de años está, ahora, comenzando a descongelarse y, consecuentemente, a descomponerse. Al hacerlo, libera gases producto de la descomposición, incluyendo dióxido de carbono y metano. Las cantidades de dióxido de carbono —el gas más común del efecto invernadero— puede que no sean inmensas, pero las emisiones de metano es posible que sí sean considerables, dado que este gas es mucho más efectivo que el monóxido de carbono al momento de absorber radiación solar. A escala global, al parecer, el mayor impacto del cambio climático actualmente se está sintiendo en los polos y en las zonas cercanas a los mismos. Si este proceso se cataliza, parcialmente a través del derretimiento del permafrost, entonces la retroalimentación positiva iniciará una aceleración aún mayor.

Respecto a la seguridad, no obstante, uno de los mayores acontecimientos en cuanto a la investigación sobre el cambio climático en los próximos años ha sido el reconocimiento de que el cambio del clima afectará a los trópicos mucho más que como previamente se anticipaba. Mientras que los efectos se sentirán por medio de un incremento de la violencia de las tormentas tropicales y el incremento de los niveles oceánicos, el más importante provendrá como resultado del cambio en los patrones de lluvia, con una tendencia hacia mayores precipitaciones sobre los océanos y regiones templadas del Norte y del Sur, así como también en las regiones polares, y menos sobre las masas terrestres tropicales, incluido la Amazonia. Cualquier grado de "resecamiento" de los trópicos tendrá dos impactos. En términos medioambientales, es probable que aumente aún más la destrucción de los bosques tropicales, considerando la eventual ocurrencia de incendios naturales, que con el tiempo liberará más dióxido de carbono a la atmósfera. En términos humanos, sin embargo, se dará el efecto aún más importante de un decrecimiento de la capacidad ecológica de las cosechas tropicales, de las cuales miles de millones de personas dependen para su alimentación. Mientras los estados más ricos tal vez logren paliar estas adversidades, a la gran mayoría de los estados del Sur se les dificultará extremadamente.

Divisiones Socioeconómicas

Es en este contexto, que sea de tanta relevancia un reporte del Instituto Mundial para el Desarrollo de la Investigación Económica (WIDER —por sus siglas en inglés—), parte integrante de la Universidad de la Naciones Unidas. La investigación realizada por el WIDER observa la distribución global de la riqueza por núcleo familiar, y encuentra que:

"Mientras que el 10% de los adultos de todo el mundo posee el 85% de la riqueza en los núcleos familiares a escala global, la mitad inferior posee colectivamente a penas el 1%. Aún de manera más impactante, la persona promedio dentro del 10% superior posee cerca de 3.000 veces más la misma riqueza que la persona promedio del 10% inferior."

(*WIDER Angle*, 2/2006, www.wider.unu.edu/newsletter/angle2006-2.pdf)

Existen, también, importantes variaciones por región, en donde tres áreas —América del Norte, Europa y el próspero Asia-Pacífico (Japón, Corea del Sur, Taiwán, Singapur, Australia y Nueva Zelanda)— concentran el 88% de la riqueza por núcleo familiar. Más allá de ser verdad que países como India y China están experimentando un rápido crecimiento económico, la gran mayoría de ese crecimiento se concentra en una minoría de la población de dichos países. Esto ayuda a explicar considerablemente las, a veces, violentas reacciones sociales como las experimentadas actualmente en ambos países. En India, los Naxalite, rebeldes neo-maoístas, se encuentran ahora activos en una tercia de países, y China ha experimentado miles de manifestaciones, disturbios y expresiones de descontento populares, incluso a pesar de que muy pocos sean televisados por la prensa china e internacional.

Las actuales divisiones socio-económicas son marcadamente más extremas que cincuenta años atrás, con una comunidad global elitesca de aproximadamente mil millones de personas que disfrutan grandes incrementos en su riqueza y bienestar, mientras la gran mayoría permanece en los márgenes económicos. Además, esta misma mayoría marginada es mucho más educada y letrada que en décadas anteriores y tiene acceso a tecnologías y medios de comunicación muy superiores. La conciencia de tal marginación es incluso mucho mayor, provocando no ya una “revolución de las expectativas crecientes” —que fue una característica típica de la sociedad de consumo de los países industrializados en las décadas de 1960 y 1970—, sino un revolución potencial de las expectativas frustradas. Aunque los efectos de las divisiones se pueden evidenciar frecuentemente en el incremento de las tasas de criminalidad en las grandes zonas urbanas, también se podría constatar la evolución de varios tipos de movimientos sociales radicales, con los grupos rebeldes Naxales y Maoístas Nepaleses como ejemplos característicos.

Más allá de todo esto, existe una gran expectativa de un incremento de las presiones migratorias a medida que las personas buscan un alto estándar de vida de cara a su progresivo declive en bienestar económico. Países de Europa Occidental, del Norte de América y las partes más ricas del Oeste del Pacífico están reaccionando con vigor a lo que es percibido ampliamente como una amenaza —el término “migrante económico” ha llegado a convertirse casi en un término de abuso—. El fuerte trato de Australia a los balseros, la decisión de Estados Unidos de construir un muro en gran parte de su frontera con México, y la resistencia sureña europea a la migración desde África del Norte son todos ejemplos de esta tendencia.

El problema es que ya hay muchos signos de cambio climático, que en combinación con el ensanchamiento de la brecha socio-económica, llevará a presiones migratorias y movimientos sociales radicales muchísimo mayores; sumado a que mientras tanto los intentos de controlar semejantes tendencias sólo parecerían empeorar la situación. La escala del problema potencial es inmensa. Algunos análisis sugieren, por ejemplo, que las presiones migratorias podrían llegar a incrementarse en diez veces para mediados de siglo, produciendo una disrupción social que simplemente no puede ser controlada a través de los medios tradicionales de la imposición de la seguridad.

La alternativa será desarrollar enfoques sobre la seguridad fundamentalmente diferentes que sean esencialmente sostenibles e inducir el acortamiento de la brecha socio-económica y el control del cambio climático, como características básicas de una nueva postura de seguridad. Ciertamente, todo esto necesitará del alcanzar una prominencia muchísimo mayor que el tradicional recurso al control militar. El primero, es un enfoque que será analizado en un libro del Oxford Research Group, *Beyond Terror: The Truth About the real Threats to Our World*, a ser publicado en abril. Si el desarrollo de la idea de una “seguridad sostenible” puede ser promovida lo suficientemente rápido como para hacer un gran diferencia en la próxima década o más, permanece aún como tema abierto, pero tanto el reporte WIDER sobre riqueza y pobreza como el nuevo reporte IPCC sobre cambio climático son recordatorios poderosos de la urgente necesidad de esta nueva forma de pensar.

Paul Rogers es Profesor de Estudios de Paz en la Universidad de Bradford y Asesor de Seguridad Global del Oxford Research Group (ORG). Sus informes mensuales de seguridad internacional están disponibles en Inglés y Español en el sitio web <http://www.oxfordresearchgroup.org.uk/paulrogers.htm> y los visitantes pueden suscribirse para recibirlos via e.mail mensualmente. Estos informes son distribuidos sin cargo y sin fines de lucro, pero por favor, considérese hacer una donación al ORG si Ud. se encuentra capacitado para hacerlo. Traducido al castellano por Nicolás Terradas.



Copyright © Oxford Research Group, 2007
Ciertos derechos reservados. Este informe se encuentra licenciado bajo Atribución-NoComercial-NoDerivada Licencia 2.5 de Creative Commons. Para mayor información visitar <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/>.